Indice de contenido

Sombra negra

Diario del mundo que dejamos

El morbo

Penitencia

Sin salida

Ser

Kan Krum

Cantos de sirena

Deja-vu

La cabaña

El verano de mi vida

Osín de Tirnanoge

El portal

Raices

Fin de trayecto

Cuatro rosas rojas

A Chío,

por el amor y paciencia,

que tiene conmigo

Sombra negra

No hubo tiempo que recordara alguna buena acción de Sombra negra. Los años se habían enrocado en las leyendas oscuras de sus frías acciones en los tiempos del lejano oeste.

Lejos quedó el atardecer sobre el desierto de Nevada, el sol huyó hace tiempo tras el horizonte y tan sólo las líneas de la carretera sobresalían tímidamente de la espesura negra de la noche.

Tim encendió un cigarrillo y fijó su vista hacia los confines que delimitaban los faros de su viejo *Mustang*. Era un viaje largo, pero lo peor ya había pasado. A fin de cuentas poco podía pasarle, después de todo lo vivido los últimos días. Perdió su empleo, recibió una orden de desahucio, se metió en líos por sus amigos, y en el fin de semana que había planeado con Melissa, para celebrar su aniversario, ella perdió la vida borracha como un pirata en el lago.
Nada podía ir a peor y Tim lo sabía. Por eso se embarcó en éste largo viaje hasta Las Vegas, para conseguir ese trabajo que había caído del cielo. Un buen salario, seguro médico y manutención…

Parpadeó rápido, después de que el humo de su cigarrillo profanara sus ojos y siguió mirando fijamente a la carretera.

Un cartel indicaba una gasolinera unas pocas millas al sur,

y decidió que sería buena idea parar a repostar y comprar algo que llenara su estómago y le diera tregua a sus pulmones de tanto tabaco.
Veía ya en la lejanía las luces de su parada, cuando de la oscuridad, apareció frente al coche una figura humana, quizás un hombre, de casi dos metros de alto y lo único que acertaba a ver era una larga gabardina y un sombrero de *cowboy*. Tim intuyó que frenar no sería suficiente para evitar un atropello, y dio un volantazo que lo sacó de la carretera. El coche saltó unos metros y se detuvo bruscamente cuando chocó con una enorme roca. Tim atravesó el parabrisas y después de rodar por el suelo, quedó tendido de bruces. Levantó con dolor la cabeza y el faro izquierdo del *Mustang* le permitía ver cómo se acercaba aquella figura humana. El hombre se paró cuando estaba a un par de metros de Tim. Se quitó el sombrero, marcando un saludo perdido en el tiempo. Mientras tanto, tras él surgió una figura femenina que se situó a su lado. Se puso de nuevo el sombrero y dijo:

-No tengas miedo Tim. Supongo que habrás oído hablar de Sombra negra...

Tim se frotó los ojos y siguió escuchando:

-Ya no hay nada que temer muchacho, no hay vuelta atrás, y no quería que deambularas solo por el desierto. Aquí tienes a Melissa y ya nada ni nadie os podrá separar. Entiendo que los vivos no hablen más que barbaridades de mí, al fin y al cabo, a los que ayudo están muertos. Y los muertos no hablan, ¿verdad?...

Diario del mundo que dejamos

Ahora que ya estamos aquí, escribo estas líneas para que cuando alguien encuentre éste cuaderno sepa que es lo que pasó…

Los últimos meses en la Tierra fueron frenéticos, papá y mamá se pasaban día y noche en el laboratorio, ultimando los ajustes del transbordador. Nunca había visto algo tan grande. Sin embargo aparte de carga, sólo podrían llevar a veinte personas, bueno en realidad veintiuna si me cuento yo. Aunque eso no estaba previsto.

Primero vivíamos en España, después Francia, unas semanas en Ginebra y por último Noruega. Tres mudanzas en cinco meses eran suficientes para mí.

Semanas antes de partir, las cosas se pusieron feas y ni siquiera podía ir al colegio. China se estaba preparando para lanzar todo su arsenal de cohetes. Decían que así podrían desviar aquel majestuoso asteroide que venía hacia nosotros. Por desgracia, los cálculos no eran ciertos. Tan sólo consiguieron darle un efecto diferente. Ya no chocaría de lleno contra nosotros, sólo nos rozaría con la fuerza suficiente como para sacarnos de la órbita. Quizás sería peor así.

Todos trabajaron día y noche las últimas semanas, para cargar todo el equipaje que llevaría la nave. Millones de semillas de la bóveda del fin del mundo se cargaron en las bodegas, para ser el germen que diera vida en un nuevo

planeta. Eso decían.

Dos días antes de partir, la noche se hizo dueña de todo. El asteroide se podía ver tapando el sol, amenazando todo lo que conocía.

Me dijo mamá que el chico joven enfermó, y que necesitaban un sustituto. En realidad un refuerzo, porque al chico también le embarcaron, por si conseguía curarse en el camino. La tercera noche de viaje murió. Ahora yo tenía la misión, según me contaron después, de ser el protagonista de perpetuar la especie cuando llegara el momento.

Papá, había inventado una forma de viajar con la luz, y eso unido al sueño inducido de forma intermitente haría que, aunque tardáramos en llegar a nuestro destino cinco o seis años, no nos parecieran más que unos días. En realidad tardamos diez años en llegar a las lunas de Saturno. Bueno para ser exactos,Titán era nuestro destino.

Cuando llegamos, todos pensaban que estábamos a salvo. Había atmósfera y se podía respirar, aunque era como cuando subes a una montaña muy alta. Esparcieron semillas por todos lados, con la esperanza de que las plantas nos dieran más oxígeno, y funcionó. Todas las personas que formaron parte de la tripulación trabajaron duro para hacer una pequeña aldea y cada familia, pareja o persona tenía su pequeña casita.

De repente un día nos dimos cuenta de que todo iba mal, todo iba al revés. Las plantas emergían de la tierra, grandes, majestuosas y se iban consumiendo poco a poco,

hasta convertirse en una fría semilla. Los más viejos empezaron a rejuvenecer, primero lentamente, pero se aceleró el ritmo. Cada vez eran más jóvenes, hasta tal punto que restaron edad a los más jóvenes que llegamos y se acabaron consumiendo, hasta llegar a ser un óvulo fértil y un improductivo espermatozoide. Todos corrieron la misma suerte.

Ya sólo quedamos Selena y yo, y creo que no nos queda mucho tiempo. Ayer empezamos a usar pañales...

El morbo

Casi no podía creerlo, al fin había conseguido una cita con Sara. Después de varios meses hablando sin parar sobre lo humano y lo divino, después de desnudar su alma una y mil veces a través de una pequeña pantalla, tocaba desnudarse de nuevo, pero ésta vez en directo y cara a cara, sin filtros.

El calor a media tarde era mayúsculo, y no quedaba un poro de su piel que se librara de la humedad del sudor, la conversación también lo había acelerado por la meta conseguida y pensó que era hora de una ducha helada para calmar el bochorno estival.

El agua caía con furia sobre Andy, se empeñaba en cosquillear sutilmente cada centímetro de su cuerpo desnudo y el contraste de temperatura hacía que se hubiera erizado toda su piel. Estaba embelesado con sus pensamientos y disfrutando de aquella tormenta de verano de agua sin truenos, cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie, y aunque no tuviera demasiado tiempo, no era de los que se escondían de las visitas inesperadas. Cerró el grifo y se enrolló en una minúscula toalla que apenas tapaba lo imprescindible. Abrió la puerta y allí estaba...¡Sara!

Rubia, alta, con unos increíbles ojos azules que parecían un reflejo del mar y unos labios rojos como el fuego del infierno. Ante la sorpresa de Andy, ella le dio un empujón

y cerró la puerta tras de sí. Sin mediar palabra empezó a quitarse la ropa, sin dar tiempo a que el chico dijera nada. Con una mano se deshizo de la toalla que apenas le tapaba y con la otra tomó su mano para dirigirlo de nuevo a la ducha.
Con pulso firme abrió el grifo y rodeó al muchacho con sus brazos, como si quisiese fundirse con él. La presión hizo que el sexo de Andy se hiciera notar aún más, y Sara no tuvo por más que hacerle sitio entre ella y su amante. Sus uñas se deslizaban arriba y abajo por la espalda de Andy, notando como todos los poros de su piel le daban la bienvenida. Se escurrió lentamente, como una sibilina serpiente y mientras se daba la vuelta, tomó las manos de él y las puso sobre sus desafiantes pechos, erguidos como una revolución, hacia la implacable caricia de las gotas de agua heladas. Hizo un pequeño gesto con el trasero, y cuando Andy quiso darse cuenta estaba explorando con su miembro la calidez interna de Sara…

* * * *

Sara colgó el teléfono complaciente, mientras una pícara sonrisa escapaba de sus gruesos labios. En la guerra y el amor todo vale y haber puesto un poco picante de más, tampoco iba a hacerle mal a nadie. No era una de esas mujeres tan segura de sí misma, como para pretender sexo en sus primeras citas, a no ser que el chico se lanzase y lo viera muy claro. Después de tantos años con su novio de toda la vida, su manera de comportarse le parecía algo anticuada, pero no veía la forma de ser más lanzada. Bueno ahora tocaba elegir la ropa para sorprender a Andy.

Dejó caer el batín de seda que escondía su desnudez, y se

dirigió al cajón de lencería de su coqueta habitación. Bajó el volumen de la música, y se apartó los auriculares...estaban llamando a la puerta. Recogió el batín del suelo y se lo acomodó presurosa mientras se dirigía a la puerta.

¡Era Andy! Hizo ademán de arreglarse el pelo mientras llegaba al picaporte para abrir la puerta. Andy se abrazó a ella con fuerza, a pesar de que en una mano llevaba un gran ramo de flores, que soltó en cuanto tuvo oportunidad. Buscó los labios de la chica y se lanzó a un largo y húmedo beso, que parecía querer explorar la garganta de ella. Sus manos se deshicieron del batín, que resbaló acariciando el cuerpo de Sara hasta el suelo. Las varoniles manos, exploraban cada milímetro de femenina y tersa piel. Se desancló de las fauces de su *partenaire* y dirigió sus labios primero al cuello de la muchacha y poco a poco, se dejó deslizar hasta los pechos, que lamió con fruición, como si quisiera extinguir un fuego con su aliento. Mordisqueó con ternura los pezones, duros como piedras y siguió bajando, buscando el fuego interno de la mujer. Allí jugó con maestría, marcando con delicadeza todo el perímetro de la sagrada cueva que le daría cobijo. Tanta humedad hacía que tuviera que tragar saliva de manera frecuente y entonces decidió que era hora de buscar refugio en aquella confortable gruta del amor. Apoyó las manos de la chica sobre el respaldo del sillón, y buscó la postura, para penetrarla desde atrás. Con la primera embestida sonó un gemido que bien podría ser de dolor o de placer, pero poniendo los cinco sentidos comprendió el lenguaje de Sara y siguió cuidadosamente dándole ritmo a sus embestidas para proporcionarle placer.

Jadeaban los dos envueltos en sudor, y la penetración se hizo cada vez más profunda y rápida hasta que el caliente néctar de Andy invadió el interior de aquella hembra, que unido a los gritos de él, hizo que su cuerpo estallara de placer, y se moviera convulsivamente sin perder el ritmo. Estalló de placer y no podía parar de repetirse a sí misma que nunca había disfrutado de nada igual...

* * * *

Andy despertó envuelto en sudor. Se quedó dormido después de la relajante ducha y no hubiera despertado de no ser por aquel vecino insolente, que se equivocó de puerta. Era tarde y posiblemente no llegaría a tiempo a la cita, al menos con la puntualidad exquisita que le caracterizaba. Unos *jeans* y una camiseta, estilo desenfadado, sí, así está bien. Ahora toca correr...

El maldito timbre de la puerta estaba sonando, y Sara yacía en la cama desnuda, sudada, desorientada... Se levantó corriendo y fue a la puerta para ver quién era. Lo que faltaba, la vecina que venía a devolverle la plancha que le dejó hacía unos días. No llego. No tengo ropa. No me he peinado, ni maquillado, ni nada. *Jeans* y camiseta, cola de caballo y sin apenas maquillar. El taxi está esperando ya en la puerta.

Al final, Andy no había llegado tan tarde. Todavía pasaban cinco minutos de la hora pactada, y no había ni rastro de Sara. Preguntó al barman, pero éste se burló diciendo que si hubiera visto una chica así, no estaría sirviéndole a él

una cerveza al otro lado de la barra. Paciencia. Miraba con parsimonia su reloj y apuraba su cerveza cuando Sara apareció, iluminando las caras de los presentes. El se levantó del taburete y esperó unos segundos que parecieron eternos hasta que ella llegó a la barra.

- Perdona Andy -se disculpó- se me echó la hora encima…

- No te preocupes -dijo Andy- apenas acabo de llegar.

Acercaron sus caras, se miraron a los ojos y ambos giraron suavemente para ofrecerse la mejilla. Pensaron que era raro, que hace un rato eran los amantes perfectos, aunque en sueños.

Charlaron largo y tendido, mientras disfrutaban de cuatro o cinco cervezas y no hubo ni una sola mirada cómplice, ni un solo roce de piel, ni una pizca de suerte, como reclamaba *Jack Nicholson* en una de sus célebres películas. La mirada chispeante, los nervios, las ganas, habían acabado por convertirse en una maratón de bostezos, que no estaba claro quién ganaría. Decidieron que se había hecho tarde y que terminaría la velada cada uno por su lado. Quizás otro día podamos quedar...

Al salir del local, Andy balbuceó una burda disculpa:

- Siento haberte aburrido tanto...

- No es culpa tuya -interrumpió Sara- supongo que tenía muchas expectativas y muchos nervios después de hablar hoy contigo...

Mientras ella hablaba, notó como sus ojos se habían iluminado, recordó el sueño y veía como la risa nerviosa de Sara entrañaba un secreto mensaje. Cogió entre sus manos la cabeza de ella, le entregó los labios y su lengua voraz como una serpiente inundó su boca. Sara recordó el sueño también y se dio cuenta de que con las prisas no se puso sostén y sus pezones amenazaban con rasgar su camiseta en cualquier momento. No había tiempo de ir a casa, ni de buscar un hotel, ni de desperdiciar aquella tremenda erección. Cogió de la mano a Andy y se dirigieron a un oscuro callejón. El roce no era suficiente para Sara, que de un tirón desabotonó los *jeans* de Andy y tomó en su mano aquel bulto enorme y caliente. Se arrodilló y buscó acomodo en su boca para aquel juguete. El no podía,..no quería moverse,... se quedaría así por siempre.

Cogió a Sara de los brazos y la incorporó. Quitó como pudo los botones del ajustado pantalón de ella, tiró hacia abajo de ellos y cuando estaban a la altura de las rodillas, giró a la chica como una peonza e hizo que apoyara las manos sobre el frío muro. Ella ofreció su trasero y él con sutileza comenzó a penetrarla. Sus manos apretaban sus pechos desnudos y su boca era un poemario de besos esparcido por el cuello, la nuca y los hombros de ella. Sara jadeaba, echaba su cabeza más y más hacia atrás y el se empeñaba con tozudez en hacer de ella un bello lienzo. De repente él dejó de moverse y susurrando al oído le dijo:

- Mucho mejor que en mi sueño...

- Y mucho mejor que en el mío -respondió ella jadeante,

que entonces supo que ambos habían soñado lo mismo.

Entonces Andy recobró el ritmo y después de varias embestidas oyó el grito ahogado del orgasmo felino de ella y mientras notaba como las femeninas piernas temblaban como un flan, anegó todo el interior de Sara con su calor tempestuoso...

- ¿Y si nos damos una ducha refrescante en tu casa? - dijo Sara con un hilo de voz inocente y aún jadeante...

Penitencia

Aún huelen sus pasos menudos y decididos, dispuestos a guiar a quien haga falta a donde ella crea que debe dirigirse. Mujer menuda y fuerte, con tanto carácter como el más vil de los dictadores, pero con más corazón que el más penitente de los misioneros. Sufridora de la vida desde muy niña por quedarse huérfana de madre, apenas sin destetar. Quizás eso hizo de su carácter, una de las enseñas de su vida y gracias a ello también, era difícil desdibujar la sonrisa de su cara, pues no había quien le llevara la contraria y menos aún quien la domara. Una auténtica mujer del siglo XXI atrapada en la vida del temprano siglo XX.

Mi recuerdo de ella en mi infancia es bastante temprano, en el campo, rodeados de naturaleza y ganadería, en una casa en medio de la nada, a la que se podía llegar solamente en uno de aquellos viejos *Land Rover*. Recuerdo vagamente también tener una pequeña amiga, cómplice de juegos y pillerías, pero no sé si es real, o mi imaginación ha decorado sutilmente mis recuerdos.

También me vienen a la memoria, las lágrimas que recorrían mi rostro cuando llegaba a Madrid y en lugar de alegrarme por todo lo ganado, en comodidades, juegos y compañías, me apenaba haberme separado de mis abuelos y dejarlos solos en la inmensidad de aquel bosque hasta quién sabe cuándo...

La vida se detuvo un instante aquella mañana de hospital, dónde me acusó a voz en grito de ser cómplice, de un oscuro complot para acabar con ella, por apoyar la operación de vesícula, que de alguna manera la hubiera hecho libre de nuevo y a la que se negó en rotundo en la mismísima camilla de anestesia.

Y el corazón se me partió la mañana que la acompañé a ingresar en una residencia. El folletín que leí era el de un sitio abierto, en el mismo pueblo que había enterrado a mi abuelo, donde tendría libertad casi absoluta para ir a su casa cuando le apeteciera y lo creí a pies juntillas.

Pero lo cierto es que no era más que otra de esas cárceles para viejos, donde la vida se escurre entre los dedos y se van consumiendo las carnes, hasta dejar a la vista los huesos que han de convertirse en polvo, tras el último suspiro.

Me sentí culpable durante muchos años, tal vez demasiados y por eso también mi visita nunca estuvo en su agenda. Me negaba a ver una espléndida fiera dentro de una jaula sin barrotes. Mi abuela no era así. La última vez que la vi, sabía que no volvería a oírla respirar. Y aunque mi corazón algo se recompuso, horas más tarde lo rompió del todo, cuando por fin tuvo la fuerza de liberarse de sus ataduras y abandonarnos a nuestra merced.

Se fue como los grandes, sin mirar atrás, aunque todavía la siento a mi lado. Y desde entonces cada vez que vuelvo, o pienso en volver al pueblo, viene a mi mente su imagen, sentada el torno a la mesa camilla, con el brasero a los

pies. Deseando que asomen los nietos por la puerta para comérselos a besos, en modo ametralladora, como sólo saben hacer los abuelos...

Sin salida

La ciudad estaba ya muy avanzada, iba cogiendo la forma que Freddy esperaba. Aquí el gran centro de ocio, y las cápsulas de intercambio listas.
Después de ocho años de proyecto, no podía ir mejor. Sólo faltaba compilar unos tramos del ambiente para que no hubiera espacios vacíos, y estaría listo para que los *gamers* pudieran campar a sus anchas por él.

Freddy había sido un estudiante ejemplar, tanto que pudo estirar su beca para el proyecto hasta hace unos pocos meses. Y el proyecto, estaba vendido a falta de la presentación y una serie de *beta test* para asegurarse de que todo funcionaba perfectamente. *Arti Inc.* no soltaba pasta si no era sobre seguro y eso avalaba el prestigio que tenía entre todos los *gamers* y *frikis* del universo virtual.

- ¡Mierda, ya llego tarde otra vez! -gritó Freddy nervioso, mientras se ponía unos *jeans* desgastados y la camiseta de repartidor de comida rápida.

Se enfundó el casco y bajó las escaleras a trompicones con la bici entre sus brazos. Puso rumbo a *Betty's in home*, referente de la comida rápida que estaba haciendo estragos entre las viejas pizzerías y *burgers* de la ciudad.

Después de casi diez minutos pedaleando a todo tren, llegó al parking y dejó junto a una farola su bici.

- ¡Llegas tarde Fred! -exclamó una voz femenina.

- Lo siento jefa -se disculpó Freddy- no podía salir de casa, se me inundó la cocina.

- ¿Por cuarta vez en lo que va de año? Invéntate algo mejor la próxima vez. La comida no va a seguir esperando por ti, y los clientes tampoco. Y ya sabes que si se acaba la paciencia de los clientes, se acaba la mía...¡¡Pedido para Fred!! ¡¡Ronda norte 23!! ¡¡Volando!!

Freddy cogió el paquete y empezó a hacer su magia. Había estudiado todo el tráfico de la ciudad, y en realidad nadie podía hacer el reparto mejor que él.
Cruzar la siguiente calle, escalera hacia abajo, doblar a la izquierda y listo.

Primer pedido de la noche servido y un cliente satisfecho. Hora de volver a *Betty's in home*.
La noche transcurría veloz, igual que las rutas del repartidor y llegó la última comanda de la jornada.

- ¡Pedido para Brad! -chilló la jefa- ¡avenida Vancouver 110!

- ¡No me hagas eso Betty! -protestó el chiquillo novato, todavía con los signos de la última carrera reflejada en sus enrojecidos mofletes- ¡sabes que vivo al otro lado de la ciudad!

- ¡Es lo que hay jovencito! -contestó disgustada.

- ¡Dámelo a mi Betty! -dijo Freddy- mi casa está unas calles más para allá, y casi me haces un favor.

Betty Monroe miró despectivamente al muchacho novicio y después de examinarlo de arriba a abajo le dijo:

- ¡Más te vale espabilar! Aquí no me vales, si consumes más de lo que ganas y encima no respetas mi autoridad.

Se giró hacia Freddy, cambiando el gesto de desagrado, a sonriente con los ojos entreabiertos y le dio el paquete a Freddy.

- ¡Hoy te has ganado el sueldo Fred! -susurró con voz ronroneante- ¡Vuelve mañana temprano!

Cogió la bicicleta y se puso a callejear como sólo él sabía hacerlo. En siete minutos estaba en el destino con la comanda aún caliente para el cliente.
Entró en el viejo edificio destartalado y llamó al ascensor, y cuando alzó la vista se encontró con un cartel que ponía averiado. Bueno, no era el fin del mundo, pensó, al fin y al cabo se pasaba los días subiendo y bajando escaleras. Subió corriendo los cinco pisos y llamó al timbre para entregar el pedido...

* * * *

Se le subía la moral cuando recibía tantos cumplidos, aunque era consciente de que era todo un profesional. Montó en el ascensor y bajó hasta el portal. Estaba abriendo la puerta del edificio cuando se dio cuenta de que el ascensor no estaba averiado, algún gracioso le había hecho subir unas escaleras de más...

Al abrir la puerta, la luz del sol golpeó su cara, como un

boxeador furibundo a su contrincante. Freddy se llevó la mano a sus ojos y exclamó:

- ¡No tiene sentido! Era cerca de la una de la madrugada cuando subí el pedido. ¿Qué diablos ha podido pasar?

Aún estaba intentando encajar la situación cuando se dio cuenta de que su bicicleta ya no estaba en la farola de la noche pasada. Ahora estaba atada a uno de los raíles del *parking* de bicis. Y el edificio de enfrente también había cambiado y la pequeña calle que desembocaba en la antigua y angosta avenida Vancouver, se convirtió durante la noche en una gran vía de seis carriles.

No sabía cuántas sorpresas más podían esperarle esa extraña mañana. Se sentó en un banco y sacó su *smartphone*. Cuando abrió la aplicación de los mapas no podía creer lo que estaba viendo...

- ¡Es mi ciudad! -gritó incrédulo- ¿cómo diablos he podido llegar hasta aquí? No he programado ningún intercambio, no he usado ninguna cápsula y sin embargo, ¡he llegado a mi ciudad!

Abrió los ojos de par en par, y se dirigió con aplomo hacia su bicicleta. Le quitó la cadena, montó y se puso a pedalear como un loco. Tenía muy claro el destino: el gran centro de ocio e intercambio. Si había un lugar que podía devolverle a su origen, sin duda estaría allí. No podía entender dónde podría estar el error de programación, pero lo urgente era salir del mundo virtual.

Era una mañana algo atípica, pues no se había cruzado con

ningún coche, ningún peatón, nadie...
Ya no estaba lejos, pasar la siguiente manzana y en el cruce con la avenida Washington encontraría su "salvación".

Allí estaba, un edificio imponente, de grandes ventanales acristalados y las fachadas de ladrillo visto como en las construcciones antiguas. Como de costumbre, encadenó su bicicleta en la farola más cercana y se dirigió hacia la gran puerta giratoria, uno de esos inventos que funcionan solos, en cuanto detectan que estás dentro de su circunferencia. Pero no se movió. Dio un pequeño empujón pero, tampoco se movió. A ambos lados de la puerta había carteles, en los que no había reparado antes, por el ansia de terminar cuanto antes con todo aquello. Quizás todavía estaba fuera del horario comercial. Sonrió torpemente y se puso frente al cartel:

"Bienvenidos al centro de ocio e intercambio.
Próximamente Gran Apertura
¡ La cuenta atrás continúa !
¿¿No estás impaciente??"

- ¡Diablos! -gruñó decepcionado- aún no he inaugurado el centro....

Se sentó en un banco y comenzó a reflexionar. De alguna manera había llegado a su mundo virtual, pero ¿cómo?
Ni siquiera había subido la aplicación a los servidores, no había creado ningún usuario, nadie más tenía acceso a su programa. Unas semanas atrás estuvo haciendo una

pequeña presentación con *Arti Inc*. pero los usuarios eran temporales y estaba seguro de haberlos deshabilitado. Y había otra cosa que llamaba su atención, no se había encontrado con nadie y el tenía programados una serie de habitantes aleatorios, como para que nadie se sintiera solo en la ciudad. Tenía un problema y de los gordos. En su paranoia constante de desconfianza, tenía preparada una puerta de atrás, solo accesible desde el mundo virtual, pero ni siquiera estaba cargada aún. No había forma de salir de allí, al menos no por sí solo. Era hora de pasar a la acción.
Sacó de su bolsillo aquel móvil de última generación e intentó contactar en remoto con su computadora, la creadora en cierto modo de todo este embrollo. Usuario, contraseña y...¡fuera de línea!

- ¿Cómo es posible? -la situación empezaba a desesperarle enormemente- Nunca apago el ordenador. ¡Esto es de locos!

Recordaba, que un poco más abajo, en aquella misma calle había programado un bazar. Necesitaba alimentar sus neuronas, y de paso calmar su estómago de ruidos de ultratumba que demandan comida, como los *zombies* deambulantes de esas películas de serie B. No merecía la pena coger la bici, así que, fue caminando.

En cierto modo, esperaba lo que iba a suceder, ya lo había visto antes, pero merecía la pena intentarlo:

"¡¡Gran Inauguración!!
¡¡ Muy pronto estaremos contigo !!"

Anunciaba un pequeño cartel, en la puerta del bazar. Era tan siniestro, que casi parecía una película de ciencia ficción; en su afán de perfeccionismo no había dejado ni una sola piedra suelta, que pudiera romper un simple escaparate, ni un trozo de metal con el que forzar una cerradura, nada...

Se iba estrechando el círculo, y cada vez era más agobiante pensar que estaba allí solo, que no había nada ni nadie que pudiera ayudarle.
Sólo quedaba una cosa por hacer y estaba ralentizando su llegada, más que nada por miedo a que tampoco funcionara.
Cogió el móvil y marcó a uno de los contactos guardados:

- *Betty's in home*, ¿en qué puedo ayudarte? -sonó al otro lado del teléfono.

- Gracias a Dios, Betty -contestó jadeante- tengo un problema y de los gordos...

- No me digas, que ¿se inundó la cocina de nuevo? -bromeó de manera sarcástica.

- ¡No! Betty es algo serio...sé que no entiendes mucho de ordenadores, pero cuando regrese te lo explicaré todo. Mientras tanto necesito que me pongas en contacto con alguien que pueda ayudarme...

- ¡Estás de broma! -interrumpió molesta- llevas dos días sin dar señales de vida, dejando mi negocio patas arriba y ahora ¿me sales con esto?. Mira Fred, eres bueno para mí

y te aprecio por lo mucho que vales, pero ésto es demasiado. Pasa cuando quieras a cobrar lo que te debo y se acabó. El *Betty's* no puede seguir dependiendo de ti…
- ¡Espera!, ¡¡No cuelgues!! -imploró Freddy- ponme en contacto con Brad, él estudia ingeniería informática y seguro que podrá ayudarme. Te lo explicaré todo cuando vuelva y lo entenderás. ¡De verdad! ¡Confía una vez más en mí!

- Brad, ¡ponte al teléfono! -se oyó al otro lado- y ¡date prisa, el siguiente pedido sale en cinco minutos...!

No tenía claro que ese tiempo fuera suficiente, pero le contó a Brad con todos los detalles que recordaba lo que había pasado.

- Tienes que encontrar la puerta -dijo Brad con actitud titubeante- cuando no hay puertas traseras, ni tampoco mecanismos que te permitan ir hacia atrás, debes de seguir adelante. Y la única forma de hacerlo es avanzando hacia la salida, que por otro lado fue también la entrada…

- Ya te entiendo amigo -dijo Freddy- pero no ha habido ninguna entrada oficial que estuviera marcada.

- Alguien te ha saboteado, y ha añadido una entrada secreta, que has encontrado y usado. Sólo se trata de que vuelvas a usarla otra vez para salir...

De repente, recordó algo extraño que podría quizás desentrañar el misterio; subió por las escaleras, pero bajó en ascensor y cuando salió de él, todo había cambiado...

- ¡Lo tengo Brad! -gritó entusiasmado- ¡el ascensor es la puerta de entrada!

De repente Freddy notó un fuerte dolor de cabeza, tantas horas sin comer nada y tantas emociones le estaban pasando factura. Se tumbó en el paradisíaco jardín que había frente al edificio, bajo unas perfectas palmeras que daban sombra y se dispuso a descansar un rato.

Mientras cerraba los ojos, pensaba en lo que le había llevado hasta allí. Había puesto todo el cuidado del mundo en hacer las cosas bien, pero a estas alturas, sí echaba de menos un asesor de paisajes *3D*. Seguro que si hubiese contratado uno, habría muchos objetos escondidos para poder utilizar en un caso de emergencia como éste. Bueno, habrá que anotarlo en tareas pendientes. Sacó su móvil, y lo anotó sin más...

La sombra retrocedía hacia el edificio, y la cabeza de Freddy empezaba a recibir los potentes rayos de un sol brillante, de día de verano despejado, que calienta casi con rozarte. Abrió los ojos, se desperezó y se dispuso a empezar a caminar, pero ¿hacia donde? El paisaje había cambiado, los edificios no eran los mismos que antes de cerrar los ojos. Alguien estaba moviendo el diseño, y debía darse prisa en encontrar la maldita puerta de salida.

* * * *

Era un día perfecto de primavera adelantada, con cielos azules salpicados de blanco y cientos de aves volando sin descanso.
No había pasado muy buena noche, pero tenía una cita

muy especial y no podía llegar tarde. Brad se dio una refrescante ducha y se acicaló como si todo su futuro dependiese de aquella reunión. Camisa blanca impoluta, corbata con tonos pasteles, un traje gris hecho a medida y gran cantidad de un perfume de esos que tanto anuncian en los medios.

Condujo su viejo deportivo a través del tráfico mareante de la ciudad y cuando llegó al aparcamiento se sorprendió al ver la matrícula de su coche, en una plaza reservada para él.
Cogió el maletín y atravesó el vestíbulo, con la mirada y el rumbo fijo hacia la recepción.

- Buenos días, soy Brad Finley -dijo a la seria muchacha de la recepción, quien echó un vistazo a Brad y volviendo la mirada a la pantalla del ordenador, dijo complaciente:

- Buenos días señor Finley. Le están esperando. Décima planta por el ascensor principal. Cuando llegue arriba, gire a la derecha y siga hasta el fondo hasta la cristalera.

- ¡Gracias! -contestó Brad con la boca seca.

Se dirigió apresuradamente al ascensor indicado, que tenía las puertas abiertas y casi estaban a punto de empezarse a cerrar. Pulsó el botón correspondiente y empezó a subir. Un pequeño vaivén fue la señal de que había llegado.

Empezó a recorrer los largos pasillos y en el despacho del fondo había un operario de mantenimiento, quitando el cartel que había en la puerta. En la otra mano, vio la

reluciente placa que la sustituiría:

“ Brad Finley - jefe de proyecto “

Llegó a la puerta del fondo y se metió en una gran sala, con una mesa alargada, reservada para las grandes reuniones. Todos los asientos estaban ya ocupados menos uno, el suyo. Tomó asiento y se dirigió a los presentes:

- ¡Buenos días!, soy Brad Finley, el nuevo jefe de proyecto que mantendrá *Arti Inc*. en la élite del ocio virtual como merece. Ha habido un pequeño contratiempo que debemos solucionar con urgencia, antes del lanzamiento mundial. La Inteligencia Artificial usada es demasiado potente y le hemos dado demasiada autonomía. Uno de los personajes ha sido capaz de desarrollar un mundo nuevo y sumergirse en él. Gracias a Dios llegué a tiempo para desencriptar la inteligencia de grupo y pude cerrar el agujero aislando el problema....

Ser

Siempre lo había sabido, y sin embargo nunca quise decir nada. Me camuflaba en la edad infantil, en los juegos de misterio, en la inocencia presupuesta para un niño. Y sin embargo siempre lo supe.

Desde que nos mudamos papá y yo a la nueva casa del centro, sabía que nada había cambiado. El jugaba a ser feliz con sus nuevos amigos, a hacer de padre y madre a la vez, para que no me faltara de nada, ni siquiera el calor maternal. Disfrazaba sus lágrimas con borracheras efímeras, que tenía que olvidar enseguida para hacerse cargo de mí. Se dedicaba a trabajar como siete enanitos, para que no faltara nada en la nevera, ni siquiera ese jamón tan caro que me dabais desde que nacieron mis primeros dientes, ni el último juego de la consola de moda, ni los más caros *jeans* de marca que se me antojaba comprar.

Pasamos largas tardes en el sofá, bajo la manta, viendo aquellos últimos vídeos que grabamos antes de tu enfermedad. Y nos reíamos mucho con esas ocurrencias tuyas de ponerte sombreros encima de aquella horrible peluca...

Creo que papá debería haber pasado página hace mucho tiempo, buscar su sonrisa en otros espejos fuera de casa, atar su corazón a nuevas experiencias y sueños, pero hasta ahora no he sabido la verdad. Deberías decírselo mamá. Deberías decirle que estás aquí conmigo, con nosotros.

Que nunca te has ido.

- ¡Baja la voz y déjalo estar! -dijo mi madre- no puedes entender las cosas de los espíritus, pero sí puedes saber que papá ya lo sabe, igual que tú, pero hay cosas de muertos que los vivos no sabéis compartir. Locura lo llaman...

Kan Krum

Siempre había pensado en las navidades como una fecha especial, en la que sacar lo mejor de uno mismo y ofrecérselo a los demás. Por eso Jaime preparó una buena mesa, llena de suculentas viandas para sus invitados.

No podía faltar el jamón de bellota, las gambas de Huelva, la suculenta ternera de Ávila, los mantecados de Estepa y el generoso vino de Jerez.

Y para que luzcan éstos reyes de la mesa, dispuso de lo mejor de su ajuar. Eligió aquel sobrio salón con muebles de ébano, vestidos con el mejor mantel de Lagartera, vajilla de cerámica de La Cartuja, cubertería de plata del siglo XVIII de una célebre casa real, cristalería de Bohemia y para rematar, unas copas de *Krum* para brindar por la victoria.

Eran unas reproducciones muy buenas pero, al término de esa noche, al fin podría fundir su cubertería, y rellenar los cráneos de sus amigos para forjar unas verdaderas copas de *Krum*.

¡Cuántas victorias podría conseguir gracias a ellas... !

Cantos de Sirena

Cada uno de los marineros que hay sobre el ancho mar, tiene alguna historia que contar sobre las sirenas. Siempre ha sido un tema tabú, por las supersticiones y la mala suerte que arrastra tener uno de estos episodios, al menos es lo que cree la comunidad marinera. Jacob no era ajeno a esta leyenda y aunque mucho tiempo atrás, cuando casi era todavía un niño y acompañaba a su padre en las labores de la mar, tuvo un encuentro con una de éstas criaturas, nunca se aventuró a decir nada por miedo.

Habían pasado casi cuarenta años de aquello y aunque casi pertenecía al reino del olvido, había pequeños detalles que estaban grabados a fuego en su memoria.

"- Sé que estás prendado de mi belleza -le dijo la muchacha en un tono infame y dulce- pero has de conocer las leyes del Mar. Puedo ser tuya un instante, con una mirada furtiva, para recordarte por siempre como es la belleza y puedo ser tuya por toda la eternidad. Pero has de estar muy seguro muchacho, pues si tus ojos y tu corazón miran siquiera a alguna de mis hermanas, ese será tu fin. Y vagarás para siempre, perdido en las profundidades del océano..."

Jacob por entonces era un muchacho y se conformó con mantener en su retina, la imagen perfecta de la ninfa. Había hecho carrera en la industria conservera familiar, después de haber estudiado mucho y muy duro, también había sido un padre ejemplar para sus sobrinos, huérfanos

de su desdichada hermana, era un vecino muy querido y amigo adorable y adorado allá donde iba, pero nunca consiguió encontrar el verdadero amor.

Ahora con todos los deberes de la vida hechos, se echó a la mar con su pequeña barca, dispuesto a encontrarse de nuevo con su sirena y sumergirse con ella para siempre en las profundidades del mar.

Apartó los remos, dejó su torso desnudo y mirando a la luna, llamó a la dueña de su corazón:

- ¡Aquí estoy Melina!, dispuesto a bucear para siempre contigo -gritó Jacob, con casi lágrimas en los ojos por la emoción.

Las aguas se calmaron de repente, parecía como si una tenue luz de plata se elevara desde las profundidades, para poder adornar aún más, un cielo lleno de estrellas. La muchacha apareció y aunque conservaba la belleza divina de una diosa, ya no parecía una chiquilla. Puso sus manos sobre un flanco del bote y de un salto se encaramó al interior de éste.

- ¿Estás seguro de lo que vas a hacer Jacob? -preguntó ella con una sonrisa burlona dibujada sobre sus aún húmedos labios.

- Estoy listo para ir contigo -respondió Jacob nervioso.

- En ese caso rema hacia la orilla. -susurró Melina- Has demostrado que eres digno de mi amor y de mí, por eso los Dioses y mi padre Neptuno nos bendicen y nos

conceden lo que nos queda de vida en la tierra, con pasaporte hacia las profundidades, cuando creamos oportuno, pero todavía te quedan cosas por hacer en tierra firme y yo, yo estaré contigo...

Deja-vu

Casi había desaparecido por completo la oscuridad de la noche, pero las espesas nubes, se resistían a abandonar las desnudas copas de los árboles. Las enrrevesadas ramas, parecían fantasmagóricos y enjutos brazos, dispuestos a atrapar a quien corriera hacia ellos.
Pedro intentaba zafarse de los dos soldados que le sujetaban, aunque los rudos hombres ya lo habían arrodillado, propinándole sendos golpes detrás de sus piernas.

Unos jinetes de acercaban a través de la tupida niebla y el sonido de sus monturas era cada vez más fuerte. Casi de la nada aparecieron siete sombras, que pararon a escasos centímetros de los de tres hombres. Pedro acertó a ver al padre prior, que lideraba la comitiva y a su lado el gobernador de la aldea. Éste traía delante de él, a horcajadas a una bella muchacha, con un vestido lleno de barro y el peinado trastocado por el devenir de la acción.

- ¿Éste es el hombre que te ha deshonrado? -preguntó el gobernador a la muchacha.

- ¡No, padre! -contestó ella sollozando- Pedro nunca haría algo así. De hecho, si no fuera por él, ya no tendrías hija. Nos habríamos ido en un barco, en busca de una nueva vida. Pero él, no soporta la idea de arrebatarle la hija a un padre…

- ¡Cállate, desagradecida! -contestó furibundo- debería azotarle hasta la muerte por su atrevimiento. Pero soy un

hombre justo...

Los dos soldados soltaron a Pedro y le dieron un hábito de monje para que lo vistiera. Aún engrilletado, le llevaron hacia el puerto, para ver cómo los siete hombres embarcaban, llevando consigo a la muchacha que no paraba de gritar y sollozar, mirando hacia atrás, buscando a su amado. Pedro estaba desolado, sin nada que pudiera hacer para liberar a la mujer de su vida y sin más se puso a rezar, implorando misericordia; mientras tanto el padre prior, que había desembarcado y puesto a su lado le dijo en un murmullo:

- Reza hijo mío, ahora eres un hombre de Dios -mientras reía entre dientes.

Pedro abrió los ojos, a la par que el cristal del autobús hizo diana en su cabeza. Otra vez se había dormido en el camino al trabajo. Levantó la mirada y allí estaba la muchacha del sueño, solo que esta vez con la ropa impoluta, los cabellos cogidos en una engominada coleta y una sonrisa en los labios que invitaban al sueño...

La cabaña

En breve será primavera, y las nieves eternas que adornan mi puerta, se llenarán de flores que anuncian la nueva estación y brillantes tonos verdes alfombrarán el suelo que pisamos, para invitarnos a salir de nuevo en busca del Sol. Y volverán a brotar las fuentes y a correr los pequeños ríos llenos de vida, que alegran mi jardín. Saldrán los animales de su obligado letargo imperativo de los rigores del frío y llenarán el silencio con sus cantos y sus trinos.

José dejó por un momento su pluma encima de su pequeño cuaderno y se asomó a la ventana. Todavía quedaban los restos blancos de la última tormenta, pero el viento había dejado de soplar y el espléndido sol invitaba a salir fuera, a tomar aire fresco. Cogió su abrigo, su bastón y abrió la puerta. El sol inundó su cara y le dibujó una leve sonrisa, como el niño que ha superado el castigo y puede volver por fin a los juegos de la vida.

Subió sendero arriba, por el claro que dejaba el bosque, camino a la cima y se quedó mirando las pequeñas huellas que discurrían paralelas al camino. Pensó que quizás podían ser de un lobo, pero parecían demasiado pequeñas para que anduviese solo por allí.

Apresuró el paso, mientras intuía pequeñas gotas de sangre junto a las huellas. Ya podía ver la cima, desafiante

a los elementos, erguida hacia el sur, como veraneante que busca el mar. La vegetación agujereaba los restos de nieve ganándole la partida, ganando superficie que colorear a cada momento.
José se acercó a unos matorrales y oyó un gemido apagado que salía de su interior. Se calzó los gruesos guantes de invierno e introdujo sus manos buscando a ciegas el sonido de lamento. Cogió un pequeño animal, que se revolvía como un gato enfurruñado y al sacarlo descubrió que se trataba de un pequeño lobezno. Tenía una herida que parecía fea en el cuello, pero no podía dejarlo morir allí.

Cuando llegó a la cabaña y limpió la herida se dio cuenta de que era bastante superficial, seguro que no tendría problemas en devolverlo pronto al bosque...

" Lo que la primavera trae, son siempre ansias de vida, ganas de aventuras por vivir, experiencias que contar, explosión de emociones por descubrir. Pero para mí ésta primavera no es eso. Es tan sólo la última oportunidad de rememorar días mejores, refugiarme en los recuerdos y reflexionar sobre la cercana partida que me espera. Para eso vine a la cabaña y dejé atrás todo mundo, para emprender la marcha cuando llegue el momento sin ataduras que me lloren y luchen por retenerme. La huida hacia delante está por llegar y tú, mi nuevo amigo debes recuperarte antes de que llegue el siguiente invierno..."

El verano de mi vida

El sol empezaba a asomarse entre los edificios de la gran ciudad, anunciando un nuevo día de verano, seco e inmisericorde. El antiguo reloj de la estación de Atocha, marcaba las siete en punto y la ciudad empezaba a desperezarse una vez más.

En los andenes de la vieja estación encontramos nuestro añorado tren.

Ya nos habíamos acomodado en nuestros asientos, dentro del compartimento y el pasillo todavía seguía siendo un hervidero de personas y maletas tras de sí, buscando acomodo, antes de que el jefe de estación, con un banderín en una mano y el silbato metálico, con brillo pulido en la otra, dieran comienzo a la etapa de aventuras que nos aguardaba.

Sonó un pitido y el tren se empezó a mover rompiendo su letargo y los rezagados viajeros del pasillo se apresuraron aún más, a encontrar su asiento.

Aún la velocidad era de un paseo, con un traqueteo seco e inconfundible, que se escurría por entre los edificios que

adornaban los márgenes de las vías, despidiéndose de aquel elegante viajero incansable, que nos llevaría primero por algunos poblaciones del sur de Madrid, para adentrarse después en aquel laberinto, histórico y mítico que conforman tantos pueblos de la memoria quijotesca, tan bien dibujada por Cervantes, haciendo casi un zig-zag mágico entre todos, para forjar un camino infinito.

En aquella época de bonanza, era más popular cargar el flamante coche, aparcado en la puerta, de todos los maletones, cacharros y enseres que uno pudiera imaginar, antes de enlatar a la familia en el interior y empezar a padecer el inimaginable viaje hacia la playa. Sin embargo a mí me tocó disfrutar de las bondades de un tren cargado de vidas, sueños y noticias, servidas casi a domicilio, por el incansable viajero al que habían apodado el "tren correo".

Por la ventanilla iba desapareciendo de mi vista la gran urbe gris, los fantasmales edificios parecían desdibujarse en el horizonte y se abrían paso las llanuras verdes y ocres del campo, las pequeñas casas salpicadas sobre el mapa, que parecían más bien un decorado de cuento infantil, los puentes, que nos hacían volar sobre ríos imposibles, los túneles sombríos que invitaban al grito y poco a poco iban apareciendo de vez en cuando los pequeños pueblos, que nuestro convoy se ocuparía de ir llenando día a día, con las mismas gentes que una vez despojó de allí.

El tiempo parecía no pasar allí afuera y sin embargo, no me cansaba de mirar por aquel balcón de la historia, que surcaba la columna vertebral de nuestra península. A cada parada que hacía, parecía retroceder un poco más, hacia el tiempo de nuestros antepasados.

Ya había dado cuenta del bocadillo que me dio mi madre y a duras penas podía soportar el peso de los párpados, que luchaban por cerrarse para unirse a *Morfeo*, en aquel ambiente caluroso y repetitivo, que abotarga los sentidos e invita al sueño furtivo. Habría dormido sin duda, si no fuera por los increíbles paisajes que encontraba mi vista, cada vez que se asomaba al exterior.

El destino se acercaba y empezamos a amontonar las cosas en el vestíbulo exterior, cerca de la puerta. Las ruedas empezaron a chirriar suavemente y la velocidad empezó a descender poco a poco, casi como si no hubiera prisa por detenerse.

Cuando todos estábamos ya en el andén, el tren silbó como una fábrica, que se despide de sus obreros y haciendo las veces de jefe de estación, fue la señal para empezar a andar de nuevo.

Detrás de nosotros la desvencijada estación, con la techumbre medio derruida por los azotes de la edad y la guerra, la vegetación haciendo mella sobre sus gruesos

muros y un viejo vagón de madera en un lateral, quizás en otro tiempo almacén temporal, nos daban la bienvenida.

Delante de nosotros, al otro lado de las vias y bajo un terraplén, una gran encina, que hacía las veces de techo y sombra para los coches que habían venido a buscar a los viajeros y unos conductores ávidos de abrazos y bienvenidas con grandes sonrisas dibujadas en el rostro.

A bordo del taxi del pueblo, los cinco kilómetros que nos separaban de nuestro destino, se me antojaban siempre como un infinito y medio, mientras serpenteábamos por una vetusta y estrecha carretera, cruzando caminos, valles y campos de cultivo o de pasto para el ganado.

Y al final, allí estaba el pueblo, con sus caladas casas con parras en la entrada. La casa de mis abuelos, con la puerta abierta y una gruesa cortina en ella, a modo de cortafuegos veraniego.

El recibimiento, era más caluroso casi que el verano que nos gobierna, lleno de abrazos y de besos en modo ametralladora, que sólo los abuelos saben dar. Sabiamente, mi abuela nos reparte las camas y nos invita a descansar un poco, mientras el sol está en su apogeo. Ya habrá tiempo de salir a saludar a todos los vecinos, conocidos y familiares, antes de merendar aquel chocolate derretido con pan, o quizás el invento culinario de mi abuela, medio pepino bañado de la mejor miel de la comarca.

Los viejos del lugar se amotinan al calor, ahora que el día casi está vencido y se disponen a pasear para contarse batallitas, mientras no paran de recordar tiempos, que si quizás no fueron mejores, sí eran más jóvenes para poder disfrutar. Yo me colgué de la mano de mi abuelo, dispuesto a acompañarles en aquel ritual de mayores. No puedo olvidar esa imagen, la gorra bien calada sobre su desnuda cabeza, el bastón, que casi parecía la varita mágica de un mago, confiado en el poder que le otorga, bien asido en la mano que yo le dejaba libre. Y entre dientes una de aquellas adivinanzas que tanto me hacían pensar:

- ”Pan y pan y pan, pan y pan y medio, cuatro medios panes, tres panes enteros, ¿cuántos panes son? -me preguntó curioso, con voz profunda y dulce.

- No sé abuelo, ¡eso es mucho pan! -contestaba, mientras pensaba en tan sólo disfrutar el momento de su compañía y rezar para que aquellos días no acabaran nunca...

Osín de Tirnanoge

Oliva y Martín eran una pareja muy comprometida con las costumbres. Desde niños habían mamado el gusto por el folklore de sus tierras.

El era de León y siempre hablaba orgulloso del gran Reino de Castilla, otrora salpicado por las historias de brujas provenientes del vecino Reino de Asturias.

Ella se crió en un pueblecito de Valencia, del que sus padres habían tomado el nombre, para que hiciera honor a su lugar de nacimiento. Por supuesto que era una maestra en moros y cristianos y tenía debilidad por las hogueras de la noche de San Juan.

Justo esa noche hacía diez años que se conocían.

- ¡Felicidades amor! -dijo solemne Martín.

- ¡Ohh!, gracias cariño, igualmente -respondió con una sonrisa Oliva- todavía me pica todo el cuerpo cuando me acuerdo de Erin. Me pregunto qué habrá sido de ella.

- ¡Jajaja! -soltó una carcajada- nunca había conocido a nadie alérgico a la sangría. La verdad es que estaba bastante perjudicada, y todas esas erupciones que le salieron... ¡Qué dolor!

- Sí, gracias que mi amiga Montse era alérgica a tantas cosas, que siempre iba preparada, si no, no sé qué hubiera

pasado.

Recordaron con nostalgia aquella gran noche en la que entregaron sus cuerpos y almas al amor y también recordaron que Erin había prometido contactarlos, en cuanto llegara a su pueblo natal, en Irlanda. Pero ya habían pasado muchos años, y no esperaban tener noticias…

Como era de esperar había una gran hoguera, justo en el centro de la gran reunión de amigos que habían organizado. Casi todos estaban allí, sólo faltaban tres parejas que se fueron lejos de la ciudad, cuando terminaron la carrera y empezaron su particular vida laboral. Bebieron, comieron, bailaron y saltaron como cada San Juan las hogueras y quemaron también sus males como les había enseñado Carmen, tantos años atrás. Casi al amanecer se despidieron de todos y pusieron rumbo al apartamento nuevo que habían comprado con mucho trabajo y esfuerzo. El sol despuntaba cuando sus ojos se cerraron vencidos por el sueño.

* * * *

El teléfono de Oliva sonó, como la sirena de una fábrica, metiendo prisa a los somnolientos, para empezar la faena de un nuevo día. Oliva abrió un ojo e intentó localizar el paradero de la dichosa campana, que resonaba en su cabeza. Se estiró y pasó una mano por encima de Martín, que todavía dormía, para llegar a la mesilla de noche dónde sonaba aún iracundo su móvil.

Al mirar la pantalla no podía dar crédito a lo que veían sus ojos y tuvo que frotárselos dos veces para asegurarse de

que no estaba soñando. La llamada era de Erin, diez años después...

- ¿Si? -dijo tímidamente todavía con la voz mecida entre las sábanas- ¡dígame!

- Buenos días Oliva, soy Erin. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero te aseguro que no me he olvidado de vosotros. Apenas llegué y todavía no he parado ni un momento…

- ¡No te preocupes! -contestó, mientras su mente no podía olvidar lo de los diez años- No pasa nada, solo nos preocupamos por ti, pero está claro que estás bien. ¿Vienes de nuevo a España?

- Me temo que no. -respondió Erin en un perfecto castellano- Verás lo he pensado mucho y sé lo que os gusta el folclore y la historia. Cuando regresé a casa, me fui con la espina clavada de la falta de trabajo para vosotros y si venís a mi país, puedo ofreceros algo que seguro os interesa, pero sería para un largo plazo. ¿Estáis preparados?

- Déjame hablarlo con Martín, pero no creo que sea problema…

- Pensadlo bien, es un muy largo plazo. Siento no poder contar más…

- Perfecto Erin, lo hablo con Martín y te devuelvo la llamada…

- Vale, ¡bye Oliva!

- ¡Adiós!¡ Hablamos pronto!

No se habían levantado de la cama y ya tenían cosas que decidir...
Oliva se dedicó a tostar pan y a preparar ese café tan contundente que le gustaba a Martín. Cogió la camisa que había dejado él antes de acostarse en el vestidor y mientras cerraba algún botón, seleccionó algo de música de ambiente.

Martín abrió los ojos, se desperezó y cuando vio la barra de la cocina desde la cama, con aquel festín esperando, supo que había algo importante que hablar con Oliva…

- ¡Buenos días cielo! -dijo él- ¿Todo bien?

Oliva, le habló con tantos detalles como había recibido y aunque las palabras fueron claras, el tono de voz de Erin decía algo más, que ella supo interpretar. El plazo muy largo, era demasiado más de lo que significan las palabras. Y por eso su postura era clara, era casi un irse para no volver, era vender la casa y todo lo demás para empezar la aventura de sus vidas, en el país de sus sueños... Irlanda.

* * * *

- ¡Venga ya, Oliva! -dijo Martín molesto- ¿Acaso quieres que tiremos por la borda todo lo que hemos construido?

- ¡Es una oportunidad cielo! -contestó ella.

- ¡No podemos hacerlo, y lo sabes!

A Martín le venía a la mente, todo lo que habían luchado para conseguir lo poco que tenían y las oportunidades a las que había renunciado, por estar junto a ella. Aún pensaba en aquel puesto de historiador, en el centro interpretativo de los picos de Europa, que de tan buena gana hubiese aceptado de haber estado solo, si no tuviese el compromiso de luchar y trabajar con Oliva. Pero eso eran al fin y al cabo trapos sucios del pasado, que no tenía en cuenta, simplemente por el amor que sentía por ella. Sin embargo ahora parecía, que estaba dispuesta a sacrificarlo todo, por aventurarse en lo desconocido con una amiga que, desapareció diez años atrás... Era una locura.
Tomó aire pausadamente diez veces y prosiguió:

- Iremos a ver a Erin, tantearemos las opciones sin precipitarnos y por otro lado hablaré con Enrique, para que se haga cargo de todo lo nuestro y lo administre de la mejor manera. Le daremos poderes notariales, para no tener que volver si no es preciso y es que nos embarcamos al final en la aventura…

- Te quiero cielo -dijo Oliva sonriendo- está claro que tienes más cabeza que yo. ¡Llamaré a Erin!

Se pusieron a trabajar de inmediato, para dejarlo todo preparado y mientras tanto, Oliva le dio a su amiga todos los pormenores del viaje. Quedaba por delante todo un verano de preparativos, de ir marcando y tachando los objetivos, para tenerlo todo atado a finales de año. Pasarían aquellas navidades con las familias de ambos, para contarles su proyecto de aventura y pensaban estar en

Irlanda para poder celebrar con Erin el siguiente San Patricio…

A Martín le seguía pareciendo precipitado, pero habían tomado una decisión. El tiempo voló desde entonces y primero tocó pasar unos días con la familia de Oliva. Tuvieron que adelantar un poco la reunión, ya que los padres de ella, tenían programado un viaje a México en diciembre y por nada del mundo lo iban a perder. Y menos aún por los sueños infantiles de su hija, ya estaban acostumbrados a sus impulsos y una eternidad en Irlanda podía significar, vivir el verano siguiente en París.

A finales de noviembre estaban ya en los picos de Europa, recibiendo las primeras nieves camino de Fuente Dé, el pequeño pueblo donde residían los padres de Martín desde hacía algún tiempo, cuando compraron con los ahorros de toda una vida aquel modesto y encantador *camping*, justo a los pies del famoso teleférico.
Fue un reencuentro emotivo, después de casi tres años de destierro y lo estaban pasando como nunca, como si hubieran estado todos juntos conviviendo en familia desde tiempos inmemoriales.

- Va llegando el momento de despedirse -dijo Martín algo taciturno.

- Lo sé hijo -dijo su madre, sonriendo amablemente de manera forzada- ¿iréis entonces a ver a Carmen antes de marcharos?

- Sí -contestó él- a Oliva no le hace mucha gracia visitar a Carmen después de todo lo que pasó, pero se lo debemos.

Pasaremos en Ribadesella el próximo mes, disfrutaremos del norte, hablaremos y nos despediremos de Carmen. Después pondremos camino a lo desconocido… -apostilló mientras le sonreía a su madre.

* * * *

El aire frío arreciaba y por la calle no quedaba un alma en aquellas horas de tempestad. Se oía el crujir de las olas, al precipitarse como una horda furibunda a la orilla. Era tan brava la tempestad, que Oliva y Martín parecía que saldrían volando cuan cometas, con uno de esos golpes de viento. Pararon bajo una farola y miraron hacia todos los lados buscando su hotel. Parecía como si hubiese desaparecido. Se recostaron sobre la pared, para poder mirar de nuevo el mapa, aunque estaban seguros de no haberse confundido. Miraron hacia arriba y tras la aureola de la luz de la farola, vieron sobre sus cabezas un cartel con letras rojas que anunciaba su hotel…

Picaron en la puerta y al poco rato apareció una señora de unos cincuenta y tantos, con un camisón que le llegaba a los tobillos, cara de haber aparcado el sueño de mala gana a los pies de la cama y una pequeña vela en la mano que les daba la bienvenida.

- Creí que no llegarían hasta la mañana -dijo el ama de llaves- con ésta tormenta, ¡no está la noche para viajes! ¿Se habrán perdido?

- ¡No! -contestó Martín- estábamos tan ciegos que aún estando en la puerta, seguíamos buscando el hotel. Ya nos

alojamos aquí un verano. Pero una cosa es una noche de luna y sin viento y otra ¡ésto... Sentimos que sea tan tarde!

- No se preocupen -replicó ella- yo no tengo ninguna prisa, estoy aquí las 24 horas... Les daré la llave, y mañana al desayuno pasan y les hago la ficha. No quiero molestar a los demás huéspedes. Suban a la primera planta, y al fondo del pasillo, la penúltima habitación es la suya. ¡Que descansen!

- ¡Gracias señora! -contestaron al unísono.

No era un hotel de cinco estrellas, pero se sintieron como en casa aquel verano y decidieron que si un día volvían sería allí. Abrieron la habitación, se acomodaron y durmieron plácidamente mientras la noche se desgastaba entre lluvia y viento.

Eran las diez cuando Oliva despertó con la alarma de su reloj. Se asomó a la ventana y un sol espléndido le dio los buenos días. No quedaba rastro alguno de la tormenta nocturna y se dijo a sí misma que habría que ir a desayunar fuera y disfrutar el tiempo que aquella mañana de invierno les regalaba.

Despertó a Martín, se dieron una ducha reconfortante y después de registrarse en recepción, salieron a buscar un sitio para desayunar.
Recorrieron las estrechas calles de aquella parte de la ciudad y llegaron a una pequeña plaza, rodeada de árboles e inundada de sol donde encontraron un cartel que decía:

"*Café Luisito*".

- Pues creo que va a ser aquí -dijo Martín- me niego a dar un paso más con el estómago vacío.

- Sí, aquí está bien -contestó Oliva, mientras tomaba una silla y se hacía sitio para sentarse- deberías de llamar a Carmen antes de que traigan el desayuno…

Estaban terminando de disfrutar del suculento festín, cuando por el callejón de la izquierda surgió una chica morena, con un aire *hippie* de los sesenta, la piel curtida para su edad y un cigarrillo en los labios emulando quizás al gran *Humphrey Bogart*. Se bajó ligeramente las enormes gafas de sol, y dando un grito comenzó a correr hacia ellos.

- ¡¡Chicos!! -gritaba eufórica- ¡estáis aquí! ¡Qué alegría volver a veros!

Ordenó un café solo y mientras escuchaba atentamente los planes de la pareja y daba su opinión sobre la locura que estaban a punto de cometer, se le escapaba de vez en cuando un grito de alegría:

- ¡Ah! ¡No me lo puedo creer! ¡Por fin juntos!

Los siguientes días pasaron a partes iguales regados de tímido sol, abundante lluvia, sidra escanciada, íntimas reuniones y pensamientos contradictorios, sobre todo en la cabeza de Martín.

Carmen recogió a la pareja para llevarlos al aeropuerto. Pensaron que era mejor ir directamente a Bilbao, pero

cuando descubrieron, que no había enlace directo con Irlanda, decidieron coger un vuelo desde el aeropuerto de Asturias hasta Barcelona, para enlazar allí con Dublín.

Durante el viaje en coche, Carmen no paró ni un segundo de hablar y de recomendar cabeza fría para las decisiones trascendentales.
Se despidieron de ella, y cuando aterrizaron en Barcelona todavía les retumbaba en la cabeza la voz poderosa de la Carmen que tanto odiaban...
Se acercaron al panel de vuelos y Martín dijo:

- Hay que darse prisa, nuestra puerta de embarque ya está abierta.

Al subir al avión ambos se miraron, y sin decir nada se sintieron complacidos de poder volar por fin a Irlanda, de volver a encontrarse con Erin…

* * * *

El avión daba bandazos por el fuerte temporal y los ocupantes se apretaban sobre su asiento, como si quisieran fundirse con él. Parecía que quisieran fusionarse para formar un solo cuerpo frente a la tormenta. Martín y Oliva se sonreían, pensaban que el resto había volado pocas veces. Nada más seguro que un avión, según las estadísticas. La voz del capitán sonó por los altavoces seria y marcial. Invitaba a todo el pasaje a abrocharse los cinturones y mantenerse en sus asientos. Tomarían tierra en unos minutos, que a buen seguro a muchos de ellos les parecerían eternos. El aterrizaje fue suave, comparado con

el viaje y todos respiraban aliviados de ser parte de las estadísticas sobre siniestros aéreos.

Martín cogió el equipaje de mano y Oliva siguió sus pasos. Recogieron las maletas y se dirigieron a la salida de la terminal. Se miraron y sonrieron, quizás porque a sus cabezas vino el mismo pensamiento.

- Ahora hay que buscar una aguja en un pajar -dijo Martín divertido- aquí hay más pelirrojos por metro cuadrado que falleros en Valencia…

- No lo vamos a tener fácil - contestó Oliva con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

Entre todo el gentío que esperaba impaciente a sus familiares viajeros, asomó una figura esbelta y joven, vestida completamente de cuero negro, con unos altísimos tacones que aumentaban más si cabe su estatura, con su larga melena recogida en una enorme coleta y un cartel entre las manos que decía " Olive y Martin ". Era ella no cabía duda.
Se hicieron hueco entre la gente para llegar hasta Erin, y se preguntaban que había sido de los diez años que habían pasado. Para Erin no había pasado ni uno solo, tenía la misma apariencia que cuando se despidieron de ella diez años atrás.

- ¡Erin! -gritó Oliva- ¡estás estupenda! ¡Por tí no pasan los años!

- ¡Gracias querida! -contestó Erin mientras sus mejillas se sonrojaban, mimetizándose con sus cabellos- ustedes

estáis estupendos también.

Hubo reparto de besos y abrazos, mil preguntas de cortesía y risas nerviosas de viejos amigos tras un encuentro después de tanto tiempo.
Erin acompañó a la pareja al hotel y mientras subían a dejar las maletas y darse una ducha, ella decidió que tomaría una cerveza en la cafetería del hotel.
Apenas había dado un sorbo de aquella maravillosa pinta de *Guinnes* cuando sonó su teléfono…

- ¡Erin al aparato! -contestó- ¿que quieres mamá?

- Asegurarme de que haces las cosas bien -dijo la madre- sabes que estoy encantada de que tus amigos se hagan cargo de ésto, pero debes dejarles muy claro, que es un camino sin retorno. No quiero que nadie se sienta engañado. Si quieren venir y ocupar sus puestos son bienvenidos, pero no podrán volver.

- Ya lo hemos hablado mamá, es decisión suya.

- No quiero ningún arrepentimiento sobre mi conciencia, ¿está claro Erin?

- Si mamá, como quieras…

Martín apareció al fondo del pasillo, y mirando hacia la barra se acercó a Erin...

- Más tarde hablamos mamá -dijo Erin bruscamente- tengo que dejarte ahora... Adiós.

Colgó el teléfono y se apresuró para guardarlo en el bolso.

- ¿Interrumpo algo? -preguntó Martín.

- Oh, no -contestó Erin ruborizada de nuevo- sólo era mi madre, preocupada por cuando iremos, si es que estáis dispuestos. El mar no da tregua y se esperan días complicados…

- De eso quería hablarte -dijo Martín con semblante serio- me preocupa el tiempo. Y no me refiero al temporal. Me preocupa no poder volver a mi tierra, tal como está planteado, parece que nos vayas a secuestrar sin opción de rescate…

- Eres tremendo -contestó divertida- tienes la facilidad de hacer un mundo de un grano de arena. Uno es de donde hecha raíces Martin y cuando estás a gusto, el apego por la patria desaparece. Sé de lo que hablo…

- Ya estoy aquí chicos - interrumpió Oliva- ¿Nos vamos a cenar? Estoy hambrienta…

- Claro cielo -contestó Martín atento- pago la cerveza de Erin y nos vamos. Estábamos comentando lo que me preocupa el tema del tiempo…

Salieron del hotel y cogieron un taxi que los llevó a un pequeño restaurante de las afueras de Dublín. La ciudad estaba abarrotada de gente, celebrando las fiestas de San Patricio, y necesitaban algo más tranquilo para hablar.

Durante la cena recordaron mil y una anécdotas de cuando

compartían vida, allí en España. Las fiestas, los amigos, los exámenes, las prisas por terminar los estudios y empezar a vivir. Terminaron el postre y pidieron unas copas de ese whisky irlandés tan personal que les apasionaba a todos. Relajaron los semblantes y la conversación se tornó más seria. Erin no hacía más que insistir en la importancia de valorar el tiempo, en respetar los compromisos…

- Creo que aquí termina nuestro viaje -espetó Martín- no estoy dispuesto a renunciar a mi tierra y mi familia por un simple trabajo…

- ¡No es un simple trabajo, Martin! -cortó molesta Erin- es la historia de mi pueblo, de mi tierra, es una maldita radiografía de mi mundo. Es serio, delicado y aunque dediques tu vida entera, dudo que lo termines…

- No puedes hablar por los dos -replicó Oliva- me parece lo suficientemente tentador, como para renunciar a todo cariño.

- ¿Incluso renunciar a mí? -preguntó él amenazante.

El silencio se hizo protagonista de la mesa y Oliva bajó la cabeza y perdió su mirada en el infinito...

* * * *

- Creo que tienen mucho de lo que hablar -dijo Erin- les dejo solos para que puedan hacerlo con libertad. Mientras sacáis conclusiones, voy al puerto. Tengo que hablar con el capitán, para darle las últimas instrucciones. Nos vemos

mañana chicos, ¡*bye bye*!

- Buenas noches Erin -contestó Martín de mala gana- mañana nos vemos.

Oliva seguía muda, absorta en sus pensamientos, ajena a todo lo que había a su alrededor y sólo acertó a levantar sutilmente una mano en señal de despedida. Martín rodeó su cuello con los brazos y guió la cabeza de Oliva hacia su pecho. Estaba apesadumbrado por lo sucedido, y quería solucionar aquello antes de irse a dormir.

- No creo que sea una buena idea ir -comenzó Martín- hasta ahora todo son desventajas y no tengo ninguna confianza en Erin. No sé qué es lo que oculta…

- Martín ya hemos discutido eso unas cuantas veces -dijo Oliva- y tampoco se trata de una cuestión de confianza. Es más simple que todo eso. Son falta de ganas de aventura y lo entiendo. Pero necesito hacerlo. Tú has tenido y tienes tu proyecto, pero yo necesito hacer mía una idea. Y quizás ésta sea la oportunidad de mi vida.

- Pero debes pensar en todo lo que implica...

- Y lo hago. No quiero volver a España, al menos no ahora. Quiero ir y probar...

- Ya oíste a Erin. No hay vuelta atrás!

- Eres un ingenuo…

- ¿En serio? -dijo él molesto.

- Me voy con Erin. Vuelve a casa, termina tu maldito proyecto y si algún día te sientes preparado, reúnete con nosotras. Cuando llegues podré ponerte al día y continuaremos juntos el trabajo…

- ¿Te estás oyendo Oliva?

- ¡Claro que sí! Y si te sirve de algo, más nítidamente que nunca en mi vida -dijo ella altiva.

- No puedo creer lo que dices, pero está claro que has tomado una decisión. Y creo que por mucho que insista no vas a volver conmigo...

Martín se levantó de la silla, y empezó a caminar apresuradamente, hacia la oscuridad del gran parque que había enfrente. Encendió un cigarrillo, y sin mirar atrás siguió caminando hacia la nada, hacia la oscuridad de la incertidumbre, hacia la soledad de sus pensamientos.

Habían pasado muchos años juntos y creía firmemente que serían pareja muchos más, pero aquella noche Oliva dañó tremendamente su corazón. Siempre había dirigido sus pasos hacia donde se encontraba ella, para hacerle más fácil la vida. Siempre había cedido a los caprichos de Oliva, pero ésta vez no podía ser. No podía dejar sus raíces, su familia y decir adiós sin más. Pensaba que cuando viera lo serio de la decisión, quizás ella recularía como tantas otras veces, pero había tomado ya una decisión. Marcharse con intención de no volver…

A la mañana siguiente Martín ayudó a Oliva con su maleta, y las acompañó hasta el puerto para despedirse de

ellas. Era difícil hacerse a la idea. Era duro dejar marchar a la mujer que amaba, pero no podía cortar sus alas.

La despedida fue difícil, pero una vez que se tragó las primeras lágrimas para adentro, el nudo de su garganta no podía ir a peor. Tragó saliva y se despidió de las chicas. Tan pronto como el pequeño barco salió del puerto, regresó al hotel para preparar su maleta. Su vuelo salía aquella misma noche…

* * * *

Oliva y Erin brindaron con cerveza en la cubierta del barco al atardecer. El sol intentaba recostarse sobre el horizonte, cogiendo unas pequeñas nubes, como almohada que guiaran sus sueños. El mar estaba en calma y la penetrante oscuridad iba engullendo todo a su alrededor hasta hacerlo desaparecer. La luna se dejaba ver por entre las nubes, reflejando su bella luz sobre las oscuras aguas de aquel frío mar.

- ¿Cuando llegamos? -preguntó Oliva impaciente.

- Cuando duermas y tus sueños nos guíen -respondió Erin.

Oliva sonrió divertida.

- Erin, ¿es cierto que te gustaba Martín?

- Por supuesto! Hacéis una pareja maravillosa!

- No me refiero a eso...

- Oliva, *darling*, hace mucho tiempo de eso. Me gustó en la facultad y me lo dejó claro desde el primer momento. Recuerdo que dijo: " *lo siento pelirroja, pero mi corazón ya tiene dueña. Si quieres un amigo aquí me tienes y si quieres una pandilla con la que pasarlo bien, ven conmigo. Te presentaré a la dueña de mi corazón y a todos sus amigos*..." Y así empezó nuestra amistad.

- ¡Cierto! Ya casi había olvidado como nos conocimos... no sé cómo he podido dejarle ir.

- Cada uno tiene que seguir su camino querida. Quizás cambie de opinión y se una a nosotras.

- No conoces a Martín demasiado -contestó Oliva mientras dos lágrimas brillaron en sus mejillas con la luz de la luna.

Apuraron las cervezas y se fueron a dormir.

Las luces del alba despertaron a Oliva, y tras ponerse una camiseta, subió corriendo a cubierta en busca de Erin. Ésta estaba en la proa, mirando como el horizonte se acercaba presuroso, con tonos verdes, que traían aromas de tierra mojada por lluvias de primavera.

- Ahí está mi hogar amiga! -dijo Erin- ya llegamos a la isla *Tír na nóc*. Estás segura de querer seguir?

- ¿Bromeas? -preguntó Oliva airada- éste es el motivo del viaje.

- ¡Pues bienvenida entonces a *Osín de Tirnanoge*! Por cierto, ¡deberías ponerte algo más de ropa para

desembarcar! -dijo riéndose mientras intentaba alargar la camiseta de su amiga.

En el pequeño puerto les esperaba Aine, madre de Erin. Era una mujer de unos cuarenta años, con la melena roja desgastada por el tiempo y una sonrisa serena que iluminaba a quien tuviera delante. Abrió los brazos y recibió a la extranjera:

- ¡Bienvenida Olive! -dijo en un perfecto castellano- Siento mucho que no venga Martin, pero estoy muy contenta de tenerte aquí. Erin ha hablado maravillas de tí.

- Gracias señora - respondió Oliva.

- No me llames señora. Para tí y para todo el mundo soy Aine...

- Está bien Aine.. Estoy encantada de estar aquí.

- Ya lo creo. Y ¡más que lo estarás! Aprovecho para hacerlo oficial…

- Mamá espera un poco -interrumpió Erin- deja que suelte las maletas, que respire el aire y que podamos despedirnos, después ya vendrán las formalidades.

- ¿Despedirnos? - preguntó Oliva confusa.

- Bueno, he de ir a devolver el barco. Alguien tiene que hacerlo...

- Pero, ¿no volverás? -preguntó aún más confundida.

- ¡Claro que sí! Pero las hadas no necesitamos barco -dijo mientras sonreía divertida.

La expresión de Oliva se había tornado ojiplática...

- Cierra la boca Olive! -dijo Erin más divertida aún- todavía tienes mucho por descubrir...

- ¡Basta Erin! -replicó la madre- Olive ésto es *Tír na nóc*, la tierra de la juventud, la patria de las hadas como la llaman las leyendas, y tu trabajo consiste en ser la voz que muestre ésta mágica tierra para el resto de los mortales. La verdadera historia de *Osín de Tirnanoge*, sin cuentos ni leyendas. Todos deben conocer el mundo de las hadas de una vez por todas. Es un gran privilegio que puedes disfrutar de primera mano a cambio de tu tiempo…

- Lo sé -dijo Oliva- algo me explicó Erin.

- Bien querida niña. Te dijo que no podrías volver y no es del todo cierto. Puedes volver a ver tu mundo mortal cuando quieras, pero no podrás quedarte en él. Podrás visitarlo a lomos de uno de nuestros caballos, pero si alguna vez tocaras el suelo, sufrirías el paso del tiempo en el momento. Cuando aquí disfrutes un día, habrás cumplido diez años más en tu mortal vida de humana. Por eso no puedes volver, pero no te preocupes aquí podrás ser feliz y encontrar tu camino porque como dice el proverbio " *Is fada an bóthar nach mbíonn casadh ann* ".

- ¿Qué ha dicho? -preguntó Oliva intrigada.

- Perdona el temperamento tan directo de mi madre -se

disculpó Erin- es un viejo proverbio irlandés que traducido dice: "*Es un largo camino el que no tiene vuelta…*"

* * * *

Martín decidió vender la casa de Valencia y se trasladó al pueblo de Fuente Dé. Vendían una casita de montaña, donde podría refugiarse plácidamente después del trabajo. Tenía al lado a sus padres, que ya iban siendo mayores y por otro lado recuperaba lo que sentía como raíces.

Había declinado la oferta un par de años atrás, pero ahora sentía que era el momento, su momento. El centro de interpretación de los Picos de Europa arrancó su andadura, pero él podía aportar todo lo que esperaban.

- Martín, -preguntó el ministro- ¿por qué cree que es el hombre indicado para el puesto? Antes de inaugurar el centro contábamos con usted y dijo que no se sentía capaz de llevar el proyecto hacia delante. ¿Qué ha cambiado?

- Disculpe señor ministro -respondió él- cuando me ofrecieron el puesto, todavía estaba muy verde para encargarme de algo así. Igual de verde que su actual director, me temo. En estos meses he avanzado y estudiado mucho el proyecto y si ponen su confianza en mí, haré un referente de este centro a nivel europeo. Además tuve tiempo de empaparme de todas las leyendas e historias de la comarca, y por si fuera poco, además yo soy de aquí...
Cuando terminó de exponer sus razones, el ministro le miró fijamente, se acercó, le estrechó la mano y dijo:

- Prepárese Martín, el puesto es suyo.

En el fondo sabía que lo conseguiría, igual que años atrás. Debió tirar de Oliva tras él, establecerse y crecer allí, pero no supo hacerlo. Ahora tenía el trabajo de su vida y el corazón roto. Pero el tiempo es un sabio consejero.

Habían pasado diez años ya desde que tomara posesión de su cargo y como no podía ser de otra forma, el centro se convirtió en un referente universal. Con la magnífica colaboración de todo su equipo, había desdoblado el proyecto en dos partes, la científica e histórica y por otro lado la humana y de memoria. La leyenda popular y la pseudociencia tenían cabida mayúscula allí, eso había contribuido en gran parte al éxito del proyecto.

- ¡Por hoy he hecho suficiente! -pensó en voz alta- necesito llegar a casa y desconectar de todo unos instantes…

Cogió su maletín y abandonó el despacho. De camino a casa pasó por el hostal de sus padres, para asegurarse de que todo iba bien. Además mamá había preparado el maravilloso estofado irlandés que tan bien le salía. Todo estaba en orden. Podía irse y llegar a casa por fin. Puso algo de música, arrancó el coche y se incorporó a la carretera. Estaba intentando recordar si le quedaba cerveza para acompañar el estofado. Cogió la última curva y se desvió por el pequeño sendero que subía a la montaña. Cuando paró el coche se dio cuenta de que tenía visita.…

- ¿Qué diablos haces tú aquí? -preguntó enfadado.

- Asegurarme de que todo va bien tío Martin -contestó Erin con aire de superioridad.

- Acaso ¿hay algo que podría estar mal? Me arrebatasteis a Oliva, ¿qué más queréis de mí? El secreto de vuestro pueblo de hadas está a salvo.

- ¿Por qué no viniste con nosotras? Martin, mi madre desterró a tus padres, sus padres, por el bien de nuestro mundo. Hay cosas que no deben saberse y así ha de ser. Pero te permitió volver con Oliva, como premio por tu fidelidad al reino de las hadas, porque no quería ver a su hermano envejecer y morir como un simple mortal…

- Al menos salvó a una simple mortal del reino de la muerte y de paso encontró a la persona perfecta, para documentar toda la historia de *Tír na nóc*, Oliva es la persona perfecta para eso. No podía quedarme y que descubriera que la había estado engañando todos estos años sobre mi pasado, sobre mis raíces. Y además como bien dice nuestra reina..."*Is fada an bóthar nach mbíonn casadh ann*".

El portal

Curiosamente esa mañana, tampoco se había encontrado con nadie en el portal. Hacía bastantes días que no coincidía con ningún vecino, aunque por otro lado, tampoco era demasiado extraño por sus horarios.

Se preparó un ligero desayuno y se echó a dormir, antes de que el amanecer rompiera la oscuridad de la noche. Después de siete horas de sueño reparador, despertó con las fuerzas renovadas, para afrontar el nuevo día. Se desperezó y se dio una ducha rápida antes de aventurarse a salir a la calle para hacer las compras semanales que tanto odiaba.

Al volver aparcó el coche, justo en la acera de enfrente, para hacer una pequeña guardia y descubrir al fin que había sido de la rutina de sus vecinos. Necesitaba saber que es lo que había pasado para no coincidir con nadie en semanas quizás. Después de haber fumado al menos cuatro cigarrillos, mientras montaba guardia, la puerta de su edificio empezó a abrirse y Tom casi salta de alegría dentro del coche. Apareció una figura masculina, vestido con una gabardina gris y aunque apenas podía distinguir su rostro, por el sombrero de fieltro negro que cubría la cabeza del personaje, sabía a ciencia cierta que no era ninguno de sus familiares vecinos.

- Quizás,-pensó en voz alta- sea la visita de algún vecino, pero los conozco demasiado bien y no me suena para nada la cara de ese sujeto.

Un buen rato después, se abrió la puerta en seco y apareció una mujer, con un ceñido corsé que estilizaba su curvilínea silueta y una falda de vuelo que le llegaba hasta los tobillos, con el pelo recogido como una *pin-up* de los años cincuenta.

- ¡Tampoco la conozco! -exclamó entre dientes- no es posible que después de casi dos horas aquí no haya sido capaz de ver a ningún vecino…

El tiempo y la decepción habían colmado la paciencia de Tom, que empezó a recoger las bolsas de la compra para subir a su casa. Se había dado por vencido. Seguro que en otro momento, se le ocurriría algo para solucionar el misterio. Mientras cerraba el coche, por el rabillo del ojo vio a un hombre de mediana edad que se acercaba al portal, blandiendo en sus manos un abultado llavero, donde hacía ademán de localizar alguna llave en concreto. Sus rasgos no le sonaban nada, pero aunque fuera algún nuevo vecino, que ocupara el ático vacío, le daría un poco de normalidad a aquella situación. Aceleró torpemente el paso, maldiciendo la molestia de las bolsas entre sus piernas, y acertó a poner el pie sobre la puerta, justo cuando el pasador ya hacía contacto con el marco de madera. Respiró hondo y cruzó el umbral, oteando todo a su alrededor. El edificio contaba con uno de aquellos viejos ascensores, con puerta de reja manual, que deja todo el interior a la vista, y allí dentro, nadie había esperando el impulso mecánico hacia las plantas superiores. Se acercó a las escaleras y puso todos los sentidos en percibir algún pequeño ruido, algún leve crujido de la madera noble que adorna los peldaños de la escalera, pero no halló mas que silencio.

- Quizás alguna visita de la primera planta -se dijo a sí mismo en voz alta- pero está en demasiada buena forma para subir las escaleras antes de que yo entrara al portal…

Estaba desconcertado por lo ocurrido y tampoco tenía ninguna explicación lógica. Examinó con la mirada cada palmo de la estancia y no encontró nada más que preguntas sin respuesta. Y mientras se giraba hacia las escaleras, dispuesto a subir por fin, la puerta chirrió de nuevo y al girarse sólo pudo acertar a ver otra figura que se alejaba hacia la calle, mientras que ésta se cerraba tras él. Un escalofrío recorrió la espalda de Tom y su cara se puso pálida, cuando se dio cuenta de que el ascensor seguía en el mismo sitio y él cubría el único camino que podía llevar a alguien a la calle. ¿Qué diablos estaba pasando allí…?

Raices

Abuelo, ¿que son todos esos tubitos que salen del árbol? -preguntó el niño con asombro.

Sergio era un niño feliz, sus padres se marcharon lejos cuando aún tomaba biberones, y su abuelo Teodoro, era el único padre que había conocido, pero nunca había echado en falta ni un ápice de cariño.

El abuelo tomó la mano de su nieto entre las suyas y le dijo:

- Eso son las raíces del árbol, Sergio. Le sirven para alimentarse y beber, para poder seguir creciendo y dando sombra. Pero te contaré la historia de esas raíces:

"Antes este árbol era muy descarado y altivo, tanto que era capaz de mecerse con el viento para no dar cobijo a nadie. Navegaba con sus ramas altas e inalcanzables para cualquiera, y se reía jocosamente de la superioridad con que trataba a todo el mundo. La madre naturaleza le advirtió en muchas ocasiones, pero él seguía siendo el rey malvado del bosque.

- Crece cuánto puedas, pero asegúrate de tener buenos cimientos, hijo mío -le dijo la madre naturaleza- porque cambiaré el curso del río y sólo con la sabiduría de tus raíces podrás seguir sujeto al suelo.

El agua, cada vez más cerca se convirtió en su peor enemigo y cuando un día de tormenta estuvo a punto de

caer, se dio cuenta de su soberbia torpeza.

- Tienes razón madre -murmuró molesto- ¡sálvame!, y te prometo que seré de ayuda al caminante, dándole el frescor de mi sombra, seré alimento del hambriento que se acerque a mí y seré el hogar de las aves que tengan a bien elegirme para hacer sus nidos.

- No seré yo quien te salve, hijo altivo -clamó la madre- si no tú, con tus nobles actos el que gane la supervivencia. Por cada buena acción que salga de tu corazón, una nueva raíz brotará para hacerte más fuerte y más estable.

Y así fue como día a día, nuestro árbol empezó a echar raíces profundas y fuertes y empezó a ser el preferido del bosque…"

- Ahora pequeño niño, -dijo el abuelo – sólo hay que adivinar que raíz ganó hoy el árbol por nuestro cobijo….

Fin de trayecto

De nuevo llego tarde. Cogí por unos instantes el último tren que venía a la ciudad y no estoy seguro de llegar a tiempo para coger el último autobús que me lleve a casa. A veces el tren se obceca en acariciar los raíles a última hora, como si no quisiera llegar a su destino. Igual que el preso que arrastran entre varios, a duras penas, camino del paredón, las pesadas ruedas se agarran inmisericordes a los paralelos metálicos que alumbran su equilibrio y aúlla de dolor, como una madre desposeída de su semilla. Perderé el último autobús y tendré que caminar con la oscuridad de compañera, con los miedos ululando en mi nuca, acariciando con sus afiladas uñas mi erizada piel. Y tendré que atravesar el cementerio para ganar algo de tiempo y de miedo voraz que alimente mis sentidos.

Parece que he tenido buena suerte, parece que allí viene el último autobús. Y corro para llegar a la parada, para indicar al conductor que puede recogerme, que no quiero que se demore el retorno a las cálidas paredes de mi habitación. Ya está elegido el camino, el motor ruge cuando arranca, llevando los caballos al galope que marcan los titubeantes semáforos. Y se apagan todas las luces, el silencio se hace ensordecedor y la muerte, disfrazada de revisor se acerca, me toca el hombro y me susurra al oído: no se duerma todavía señor, hemos llegado a su destino, su lápida está lista en el cementerio…

Cuatro rosas rojas

María volvió al apartamento y colocó las flores sobre la cama. Iba a ser una noche memorable.

Una cena romántica a la luz de las velas, en un afamado restaurante del centro, que saca los colores de los comensales, a base del mejor marisco.

Un paseo romántico después, para contar las estrellas que componen su pensamiento, a veces romántico y otras perverso, como todas las versiones de novio casadero.

Una pedida de mano, algo inusual todavía, a pesar de los tiempos que corren. Clavar rodilla en el suelo, apartando el vestido para no estropear el raso, sacar la mejor sonrisa del guardarropa de las ilusiones, aclarar la voz haciendo bailar las cuerdas vocales y dejar que grite sorprendido para decir que sí.

Cogerle el volandas para ir corriendo al apartamento, a celebrar íntimamente el compromiso adquirido, poner una venda en los ojos antes de cruzar la puerta, quitarle la ropa camino a la cama, tropezando torpemente con la alfombra del salón, tumbarlo en el lecho, quitarle la venda y hundir el puñal cuatro veces en su cuerpo. Y colocar las rosas en aquel bonito jarrón...